

Aquel anciano que hablaba de este modo obtuvo la ratificación del tratado. Encendióse una grande hoguera en medio del círculo que formaban Ingleses y Cherokees, y cada uno fumó silenciosa y solemnemente en la pipa de paz, prometiéndose unos á otros: «que esta amistad duraría tanto tiempo como los rios seguirian su curso y los astros conservarían su luz.»

Antes de quedar terminada esta guerra ya lia no les quedaba á los Cherokees esperanza alguna de que ocurriese una diversion, pues no habia otra nacion indiana que estuviese en guerra con las colonias inglesas, y el ejército británico establecido en el Canadá, habia ocupado todos los puntos fortificados de esta colonia.

El caballero de Levis, que desde la muerte de Montcalm mandaba las tropas francesas, habia formado el proyecto de tomar por segunda vez á Quebec; pero le faltaban cañones y municiones que estaba esperando de Francia. Habia invitado al gobierno á que se los mandara, y llevaba el plan de ir á esperar este socorro, á últimos de abril de 1760, hasta el pié de las murallas de la plaza cuyo sitio queria emprender. Efectivamente salió este jeneral de Montreal para el cabo Rojo con las tropas que tenia disponibles, y llegó hasta tres leguas de Quebec; y cuando el jeneral Murray, que lo era del ejército inglés, tuvo noticia de su aproximacion, mandó replegar inmediatamente todos los puestos avanzados á lo largo de las alturas de Abraham, y fué á ocupar junto á la plaza las mismas posiciones en que se habia dado la batalla del 13 de setiembre del año anterior. Las tropas francesas avanzaban hácia el mismo punto; y el 28 de abril los dos ejércitos estuvieron á la vista: el de Murray tenia ventaja en el terreno, y las veinte y dos piezas de artillería que cubrian su frente, decidieron á su favor los primeros momentos de la accion. Con el fin de igualar las posiciones, el jeneral francés dió orden de replegarse un poco hácia atrás para tomar una cadena de alturas, parale-

la á la del enemigo; y este movimiento retrógrado fué ejecutado con algun desórden hácia el centro del ejército; pero el valiente Darquier, que en el flanco izquierdo mandaba un batallon del Bearn, dirigió la voz á sus soldados en estos términos. «Hijos míos, no es este el momento de retirarnos: nos hallamos á veinte pasos del enemigo; arrojémonos sobre él á ojos cerrados y la bayoneta calada: este es el mejor modo de pelear.» Al decir esto precipitáronse sus tropas sobre el enemigo, le arrollan y se apoderan con la rapidez del rayo de una parte de sus cañones. Darquier recibe una bala que le atraviesa el cuerpo; pero se manda sostener por sus soldados y sigue dando disposiciones.

En el ala derecha se hallaba un batallon de Royal-Roussillon, el cual ataca con el mismo ímpetu, rompe el enemigo y corta su flanco izquierdo, donde siembra la confusion y el espanto; el centro, que al principio habia cejado, vuelve á la carga y á su vez hace ceder las tropas que tenia de frente. Todo el ejército inglés se retira desordenadamente hácia los muros de la plaza, y su descabro es igual al que sufrieron los Franceses en 1759, en el mismo campo de batalla. Pero el recinto de la plaza ofrece á los vencidos un asilo de seguridad; y no habiendo podido el jeneral Levis apoderarse de Quebec en este momento de confusion, tuvo que sitiarse sin tener los medios de ataque convenientes. Sus tropas abrieron la trinchera, avanzaron las baterías, prepararon las cureñas, y estuvieron aguardando para batir la brecha la llegada de la artillería y las municiones que el jeneral habia pedido al gobierno francés; pero estas no llegaron, y los sitiados estuvieron encerrados en la plaza por espacio de treinta y ocho dias, sin que se pudiese forzarlos. Quedaba la esperanza de reducirlos tal vez por el hambre; pero el dia 7 de junio quedaron ellos asegurados por la llegada inesperada de tres navíos de guerra ingleses, cargados de tropas y provisiones. Algunos buques menores franceses, destinados

á la navegacion del rio y á abastecer de víveres á las tropas de sitio, y que á la sazón se hallaban en aquellas aguas, fueron apresados unos, y quemados ó echados á pique otros, despues de haber hecho una vana resistencia. Entre varios ejemplos del valor con que se defendieron, citarémos la conducta de Vauclin que mandaba un bergantin de diez y seis cañones, y sostuvo el fuego contra un navío inglés, hasta tanto que no le quedó pólvora ni balas; en cuyo extremo envió á tierra y puso á las órdenes del jeneral frances la jente del equipaje que aun era buena para el servicio, y él se quedó á bordo con los heridos, y sin tratar de rendirse siguió sufriendo todo el fuego del enemigo. Viendo los Ingleses que el bergantin no les contestaba, envian las falúas armadas al abordaje, y hallan solo á Vauclin en medio de los moribundos; y preguntándole porqué cuando cesó el fuego no arrió la bandera, les contestó: «He cesado el fuego cuando me ha faltado la pólvora, y he aguardado mi suerte sin abandonar mi pabellon ni humillarle.» Deseosos los Ingleses de honrar su valor, que ya habian tenido ocasion de experimentar en el sitio de Luisburgo, le trataron con la mayor distincion y le condujeron á Francia.

La llegada de una escuadra inglesa, que señoreaba la entrada del rio San Lorenzo y privaba á Levis de recibir las municiones que esperaba de Europa, le obligó á levantar el sitio de Quebec y conducir sus tropas hácia el Alto Canadá. La misma circunstancia ponía á los Ingleses en estado de tomar la ofensiva entre Quebec y Montreal, en términos que contra esta plaza combinaron tres expediciones que debian efectuar las tropas del jeneral Murray, establecidas en el Bajo Canadá, las del jeneral Amhergt, llegando por el lago Ontario y otro cuerpo apostado hácia el lago Champlain.

La comunicacion de este cuerpo con el rio San Lorenzo estaba interceptada, como ya hemos observado, por la guarnicion francesa que ocupaba la isla Aux-Noix en el rio Cham-

bly, por lo que era preciso apoderarse primero de esta posicion, que estaba bien fortificada. Bougainville, que á la sazón tenia á su cargo el defenderla, sostuvo allí un sitio y bombardeo de diez y seis dias; pero habiendo recibido del marqués de Vaudreuil orden de abandonarla y replegarse sobre Montreal con los mil hombres que tenia, en cuyo número se hallaban los batallones de la Guyena y de Berry, reducidos á doscientos hombres cada uno, se preparó para retirarse por el lado del rio que no ocupaba el enemigo; y á fin de ocultarle mejor sus movimientos, dejó en la isla un destacamento de cuarenta hombres con el encargo de sostener el fuego contra los sitiadores, hasta que hubiese concluido las pocas municiones que le quedaban: verificóse la retirada con el mayor orden, y cuando en la fortaleza se tremoló bandera blanca por no poder ya resistir, los Ingleses concedieron á aquel destacamento una honrosa capitulacion.

Vaudreuil habia enviado una division al encuentro de Bougainville para proteger su retirada; y este jefe llegó á Montreal al otro dia de su salida.

Esta plaza, que era el último refugio de las autoridades y tropas de la colonia, se hallaba á punto de ser embestida por las varias divisiones del ejército inglés. Amherst llegó el dia 7 de setiembre de 1760 á la puerta de la China con las tropas que habian bajado del lago Ontario por el rio San Lorenzo; Murray, que con su ejército habia remontado el rio, se presentó el mismo dia en la puerta opuesta, y de un momento á otro se estaba esperando el cuerpo que acababa de apoderarse de la isla *Aux-Noix*. Como la ciudad de Montreal no tenia mas que una cerca para defenderse de los salvajes, y no podia por consiguiente resistir á tropas europeas, en la noche del 7 al 8 de setiembre se negoció una capitulacion que quedó firmada al dia siguiente: la guarnicion salió con los honores de la guerra, y debia ser conducida á Francia. En la misma capitulacion se comprendieron los

fuertes y guarniciones de Jacques-Cartier, Tres Riberes y demás apostaderos que se hallasen ocupados en todo el largo del Canadá, desde las fronteras de la Acadia hasta la punta de Michillimakinac y riberas del lago superior.

A pesar de los laudables esfuerzos de los hombres que tenían á su cargo la defensa del Canadá, este país fué irremisiblemente perdido para la Francia. Desde aquel momento las fuerzas marítimas inglesas podían tomar otra dirección, é hicieron vela hácia las Antillas; conquistaron sucesivamente la Martinica; la Dominica, las Barbadas, San Vicente y Tobago. Habiéndose unido la España á la Francia en 15 de agosto de 1761, por medio del tratado conocido con el nombre de pacto de familia, fué aquella igualmente atacada. Jorge Pocock y el conde de Albemarle se apoderaron de la Habana al siguiente año; otra escuadra inglesa se dirigió hácia las Filipinas, y Manila fué ocupada por el almirante Cornish y el general Draper.

Vino la paz del 10 de febrero de 1763 que confirmó lo que había decidido la suerte de la guerra. La Francia renunció á todas sus pretensiones sobre la Nueva Escocia ó Acadia; cedió y afianzó á la Inglaterra el Canadá con todas sus dependencias, como igualmente la isla del cabo Breton y todas las islas y costas del golfo y río de San Lorenzo. Conservaron los Franceses en una parte de la playa de Terranova el derecho de pesca y salazon que les había asegurado el tratado de Utrecht, desde el cabo Buenavista hasta el cabo Baya, con libertad de pescar en el golfo á distancia de tres leguas de las costas que ocupaba nuevamente la Inglaterra; é igualmente fueron cedidas á la Francia las islas de San Pedro y Miquelon, situadas al mediodía de Terranova, para servir de abrigo á sus barcos de pesca.

La línea de demarcación de las colonias inglesas y francesas en el continente americano, fué convenido que pasaría por en medio del curso del Misisipi, desde su oríjen hasta

el río de Iberville, y que se prolongaría hasta el mar por medio de este río y de los lagos Maurepas y Pontchartrain; de modo que la Francia cedía todo cuanto había poseído en la márgen oriental del Misisipi, á escepcion de Nueva Orleans y la isla en que está situada. La navegación del río tanto en longitud como en latitud quedaba libre para las dos naciones, sin que sus buques pudiesen ser detenidos, registrados ni sujetos á derecho alguno. Las adquisiciones que hacia la Inglaterra á levante del Misisipi se aumentaron con las Floridas, cuyos principales establecimientos eran entonces las ciudades de San Agustín y Panzacola; la España tuvo que abandonar todos los derechos de soberanía y posesión que tenía sobre esta colonia, para rescatar la Habana y Manila, prefiriendo renunciar á las Floridas mas bien que á los principales puestos de la isla de Cuba y de las Filipinas.

La corte de Madrid quedó ampliamente indemnizada de sus pérdidas por la cesión que le hizo la Francia de todos los territorios de la Luisiana, situados á poniente del Misisipi y del río de Iberville. Este tratado fué firmado el mismo día de la conclusión de la paz, pero no sancionado por el voto unánime de los Franceses, á quienes pareció muy sensible que su gobierno, despues de haber hecho tan grandes concesiones en América, á que se había visto reducido por la fortuna de las armas, se resignase á hacer otros sacrificios á favor de sus aliados; porque la Francia, al empeñarlos en aquella lucha, no había respondido de la integridad de sus dominios, y no se halla una razón que explique porqué su liberalidad política para con sus asociados le hacia abandonar una vasta y preciosa colonia que la guerra le había dejado, y donde los habitantes de sus demás posesiones de América hubieran podido refugiarse. No se crea por esto que dicha colonia se hallase en un estado agrícola muy floreciente; por cuanto á no ser algunos puntos de las riberas de los grandes ríos, todo lo

demás estaba aun desierto, hallándose casi toda la población concentrada en la ribera inferior del Misisipi; pero la navegación de un río tan inmenso y de sus tributarios, la fertilidad del país, y la esperanza de que llegarían allí muchos emigrados de Europa y de otras partes de América, prometían rápidos adelantos á la agricultura, al comercio y á la población de aquella colonia, si la Francia hubiese tratado de aprovechar estas fuentes de riqueza; y si despues de la paz hubiese sabido indemnizarse allí de sus pérdidas.

Por otra parte muchos ciudadanos ilustrados se preguntaban entre sí si un gobierno puede disponer á su antojo de la suerte de los pueblos que se hallan bajo la égida de su protección paternal, á no ser cuando la dura ley de la guerra y de la necesidad le impone un sacrificio tan doloroso; y esas almas jenerosas se lamentaban de la suerte de una colonia que veía rotos repentinamente sus vínculos mas caros de familia, y sentían á un mismo tiempo la crueldad de estas separaciones individuales y la disminución colonial de la Francia.

LIBRO SESTO.

GUERRA CON LOS INDIOS DEL OESTE.

ESPLORACION DE LOS VALLES DEL OHIO. ANTIGUEDADES Y MONUMENTOS AMERICANOS. OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LAS COMARCAS NUEVAMENTE ADQUIRIDAS. CAMBIO DE DISPOSICION EN LAS COLONIAS. PRIMEROS SINTOMAS DE SU ESPIRITU DE INDEPENDENCIA.

La renuncia que hizo la Francia de todas sus posesiones del Canadá y de todos los países situados al oriente del Misisipi, cambiaba enteramente la situación de los Indios, experimentando principalmente los efectos de esta cesión los que vivían al mediodía de las grandes lagunas. Los Franceses habían ocupado allí muy pocos establecimientos, y al rededor y al abrigo de estos apostaderos habían formado algunas plantaciones, cuyo incremento

era muy poco sensible; en tiempo de guerra estas posiciones ofrecían medios de defensa y puntos de reunión, y en tiempo de paz aseguraban las comunicaciones del comercio y proporcionaban mantener relaciones con muchas tribus, de que nacía una mutua confianza entre estos y los Franceses.

Los pueblos indios que se hallaban entre las colonias de Francia é Inglaterra tenían por otra parte grande influencia en las desavenencias de los dos gobiernos, porque tanto el uno como el otro necesitaban contemplarlas, atraerlas á su alianza y tenerlas por auxiliares.

Esta importancia política de los Indios ya no fué la misma cuando no tuvieron por vecinos mas que una sola potencia europea, y cuando se vieron rodeados y como sitiados por sus posesiones. La cadena de apostaderos fortificados que ocupaban á la sazón los Ingleses á su alrededor, se componía de los fuertes Frontenac y Niagara, cerca del lago Ontario; los de Buffalo, Península y Sandusky, al mediodía del lago Erié; los de Miamis y del Estrecho, hácia su extremo occidental, y los de San José, Bahía Verde y Michillimakinac, al rededor del lago Michigan; al occidente tenían los fuertes Illines, Chartres y Kaskaskia, y en el interior los de Vincennes, á orillas del Wabash, de Massiac, cerca del embocadero del Tennesé, de William, hácia el del Kentucky, y de Pittsburgo, á orillas del Ohio.

Los Indios, en cuyo territorio se hallaban diseminados estos varios apostaderos, viéndose sin el auxilio de una potencia que solía protegerles, empezaron á temer por su existencia; pues consideraban aquellas fortalezas como eunas de otras tantas colonias, y en vista de los rápidos adelantos de la Inglaterra en todas las rejiones que ya había sometido, sospechaban que cada uno de aquellos nuevos establecimientos se ensancharía igualmente, y que todas las naciones americanas, echadas unas sobre otras, perderían finalmente todos sus territorios. Dominados de esta opinión, que tantas pérdidas suce-